

de la que fuera llamada Iglesia de San Carlos, la juventud hizo proyectos de combates contra el General Melo, habló de la arrogancia marcial del General Obando, la altivez castellana de Tomás Cipriano de Mosquera, las ideas de Murillo Toro o de Rafael Núñez. Colegios fueron estos, en nuestro Siglo XIX, en el más alto sentido académico. Y foros de inquietudes y esperanzas, por añadidura.

Con Rafael María Carrasquilla, el Rosario se especializa en las humanidades. Es la mejor facultad de letras y jurisprudencia del país y, sin hipérbole, una de las más autorizadas de América. La estrechez de sus aulas no era sino una ventaja para hacer más directo el diálogo entre el maestro y sus alumnos. Con Castro Silva esa tradición se mantuvo intacta y, además, el Rosario como plantel de estudios humanísticos se complementa de nuevas facultades de economía y medicina. El Rosario, en los últimos años, se inclina hacia las nuevas ciencias sin perder la tradición antigua.

Castro Silva deja en la literatura nacional obras de una singular y rara pureza de estilo. "Prólogo y Epílogo de Don Quijote" es, para nosotros, la más original y perfecta de sus obras, donde iguala la prosa cervantina y penetra como solo han podido hacerlo los eruditos españoles, en la vida y enseñanza de don Alonso Quijano, Caballero de la Triste Figura y de los Leones, amante de Dulcinea y señor de Sancho Panza. La gracia y el estilo de la obra de Castro Silva son una de las joyas de la literatura colombiana.

La Iglesia colombiana, la Nación y los incontables rosaristas de varias generaciones se inclinarán en los próximos días ante el sepulcro de un varón egregio, eximio maestro y orador, purísimo escritor castellano. Los himnos del solemne funeral dirán las gracias a la Providencia por habernos permitido conocer a tan ilustre ciudadano.

EL COLEGIO DEL ROSARIO Y LA PATRIA

(Palabras de introducción a la lectura de las páginas escogidas de Monseñor Castro Silva en la Escuela Superior de Administración Pública).

Por Guillermo Nannetti Concha

En las grandes crisis espirituales, el hombre vuelve instintivamente los ojos al pasado y evoca los manes de sus padres. Es el momento en que recurre al patrominio cultural de la estirpe, a las calidades de la tradición familiar, para afrontar el reto del presente.

También los pueblos, en sus horas cruciales, buscan el alero de la historia.

Ese reexamen, a veces angustioso, de las tradiciones nacionales, no es simple apelación a un pasado que canceló sus cuentas con su tiempo. Por el contrario, es una invocación a lo que Bolívar llamaba el "Genio de la Nacionalidad". Es un buceo en las esencias que constituyen el propio ser histórico, y ese llamado a los próceres no inquiere tanto lo que ellos realizaron cuando lo que harían ellos —los forjadores del alma nacional— ante la circunstancia del presente.

Este sentido dinámico de la historia —que esculpe los mitos históricos en el alma de las muchedumbres— acompaña a los pueblos que son algo más que conglomerados y que se constituyen en naciones.

Para los países que hoy se califican de subdesarrollados, porque no han alcanzado altos estadios de la producción industrial, esta búsqueda del íntimo ser nacional es condición ontogénica de supervivencia.

La Revolución de las Expectativas Crecientes —signo de nuestro tiempo— sorprende a estas naciones en un período de transición de la economía agraria y pastoril a la portada de la industria. Y ante la marejada del cambio social, ante la insurgencia de los pueblos que claman por una vida mejor, trepidan las instituciones y los valores morales que constituyen el sillar y la columna, y el arco toral y la cúpula orgullosa, y el friso y el decoro de esa construcción espiritual de las generaciones que denominaron la patria.

Es el momento en que los pueblos se buscan a sí mismos; es la hora de la cita con la historia.

Porque el conflicto no puede superarse sino cuando el gobernante y el legislador; el magistrado y el sacerdote; el periodista y el político; el capitán de empresa o el obrero; el campesino o el soldado actúan dentro de una común tarea de patria; de algo que fue, que es y que será, que está presente y vigilante en el espacio y en el tiempo.

Es lo que podríamos llamar la coacción psicológica de la historia.

Para los pueblos que tienen esta conciencia de su destino, la vida pública se transforma en un vasto escenario donde los personajes —excelsos o minúsculos— actúan, no solo ante una opinión pública alerta, sino también ante la celosa mirada de sus muertos.

El gobernante histórico recurre al arbitrio para lograr precarios fines inmediatos.

Si la universidad aspira a ser antena al porvenir, aun en épocas como la nuestra, de “filosofía beligerante” —para emplear la expresión orteguiana— debe clavar sus raíces en la historia.

El Colegio de Nuestra Señora del Rosario es cifra de las instituciones que han contribuido a formar esa conciencia de patria, ese módulo inconfundible de la nacionalidad colombiana.

Yo evoco con gratitud y con respeto mis días de Rosarista. La austera presencia de la patria nos sobrecogía, al ingresar al Claustro, que recorriera, meditando, Camilo Torres y al contemplar, en el muro de la pétrea escalera, la “O larga y negra partida” trazada con pulso firme por Francisco José de Caldas en camino del cadalso.

Esa tradición de grandeza se afirmaba ante la efigie venerable de Monseñor Carrasquilla y se intuía la presencia de un eslabón misterioso —responsabilidad de patria y esplendor moral—, que unía a las grandes generaciones rosaristas, al acudir al secretario Carlos Lozano y Lozano, o al escuchar la voz juvenil del lector en la capilla, Alberto Lleras Camargo.

Pero solo se puede medir el significado del Rosario en la creación de la patria, por la dimensión histórica y moral de Camilo Torres, El Prócer.

Por suerte, para las nuevas promociones, ha quedado estampada la reseña de Humboldt, quien conoció al prócer granadino, cuando éste era apenas un predestinado a la Revolución.

“He conocido a Don Camilo Torres” dice Humboldt “hombre verdaderamente grande, gigante del pensamiento; domina el griego y el latín, la filosofía y la literatura clásica. Habla correctamente el francés, el inglés y el italiano y está aprendiendo el alemán, para leer los autores en sus propios idiomas. Es docto en jurisprudencia, en matemáticas y en ciencias naturales”. Y lo describe como defensor de sierros y oprimidos, con una elocuencia “digna de Areópago”.

En la remota Santafé andina, bajo el propicio techo del Rosario, Torres se emparejó culturalmente con las élites europeas del Iluminismo dieciochesco. Personero de una raza oprimida, a la que su palabra y su martirio ha de trocar en nación, encarna el genio de Colombia. Tres condenas de muerte ratifican la entrega de su ser y de su espíritu a la patria naciente.

He aquí la tradición dinámica de Colombia, presente ante la juventud por el carácter, por la superación intelectual, por el sentido de la justicia social, por la entrega pura a una misión de patria.

El sacrificio de los próceres y el ejemplo de los grandes rosaristas —inmanente en el Aula Mater— marca con indeleble impronta a quienes pasan por el Claustro. Es una concepción orgullosa de Colombia, a la cual debe servirse con responsabilidad, fe, honestidad y auténtico amor.

En ese espíritu de patria —que ha tenido en el Rosario su centro y su lar— se afirma el auténtico nacionalismo colombiano que inspire una actitud propia ante los hechos contemporáneos.

La creación y el mantenimiento de ese espíritu es obra común de los profesores y estudiantes. Pero es ejemplarmente, empresa rectoral.

Cuando se menciona el Externado de Colombia, o el Colegio Araújo, o la Escuela Ricaurte, se evoca simultáneamente el nombre de Pinzón Warlostón o Hinestrosa Daza o Simón Araújo o Luis Gómez Brigard.

Ahora bien: no puede mencionarse el Rosario, sin evocar los nombres del fundador, Cristóbal de Torres, o de los grandes Rectores, Nicolás Esguerra, Francisco Eustaquio Alvarez, Juan Manuel Rudas y, en los últimos tres cuartos del siglo, Rafael María Carrasquilla y José Vicente Castro Silva.

Se requería un prócer de la patria para mantener la tradición del Rosario, que según palabras de su fundador, debe ser crisol de “varones insignes, ilustradores de la República”.

Fallecido Monseñor Carrasquilla, después de cuarenta años de sabia Rectoría, todos los ojos se fijaron en Monseñor Castro Silva. Y él ingresó al Rosario a continuar la obra de sus pares.

Recibió hace treinta años ese legado de grandeza y lo ha acrecido con su acervo de humanista, filósofo y maestro. Porque él, que domina las Humanidades Clásicas y señorea la Patrística, ha tenido siempre el ánimo alerta a la transformación intelectual y social de nuestro tiempo. Ha peregrinado por remotos países, buscando la verdad de esta época; ha seguido el progreso de la ciencia, ha adoctrinado sucesivas promociones de estudiantes con el espíritu abierto a la realidad presente, pero inspirado siempre en la castiza tradición rosarista de honor y de patria.

Por todo esto la juventud universitaria recibe hoy la palabra de Monseñor Castro Silva, Rector Magnífico, con el respeto que merece el hombre de Ciencias y de Letras, y con el afecto y gratitud que se deben al patriota y al maestro.

Bogotá, D. E., Julio de 1963.